

Democratización



Año 7, Número 34

El reencuentro con el garrote:
de Teodoro Roosevelt a Donald Trump

Esther Mobilia Diotaiuti

Latinoamérica y EE.UU.: relaciones
y democracias bajo presión

Elsa Cardozo

Carlos Romero: "La prioridad fundamental
del gobierno de Estados Unidos es buscar
la estabilización con Venezuela"

Democratización

Trump: *Imperium sine fine*

Rommer A. Ytriago F.

Democratización

Julio 2025

Año 7, Número 34

El reencuentro con el *garrote*:
de Teodoro Roosevelt a Donald Trump

Esther Mobilia Diotaiuti

Latinoamérica y EE.UU.: relaciones
y democracias bajo presión

Elsa Cardozo

Carlos Romero: "La prioridad fundamental
del gobierno de Estados Unidos es buscar
la estabilización con Venezuela"

Democratización

Trump: *Imperium sine fine*

Rommer A. Ytriago F.

Editado por Instituto FORMA
Caracas.

El reencuentro con el garrote: de Teodoro Roosevelt a Donald Trump

Esther Mobilia Diotaiuti

La situación ha sido más que cambiante. En tan solo 15 días, Estados Unidos ha reivindicado de una forma poco vista en las últimas décadas su papel hegemónico en América, retando a los aliados tradicionales y negociando con gobiernos que abiertamente habían antagonizado con Washington. Escribimos estas líneas a principios del mes de febrero de 2025 con la idea de caracterizar las bases fundamentales de la agenda exterior del presidente Donald Trump en América, pero debemos hacer la advertencia que el escenario continental continúa siendo fluido y todavía queda mucho por decir al respecto.

Una cosa es cierta, en las primeras de cambio resulta evidente el talante nacionalista y decidido del accionar de esta administración en política exterior, especialmente en América por lo que Trump declaró como una *emergencia nacional*¹ en la frontera y la necesidad de frenar la migración ilegal de latinoamericanos. Detener el ingreso de estas personas es proteger los intereses de los

1 “Discurso de toma de posesión del presidente Trump”, U.S. Department of State, 20 de enero de 2025. Fecha de consulta: 6 de febrero de 2025, <https://www.state.gov/translations/spanish/discurso-de-toma-de-posesion-del-presidente-trump/>

estadounidenses, pero para los americanos las motivaciones son aún más complejas. No se trata solamente de mantener a raya a los migrantes, sino de demostrar la hegemonía estadounidense en la región, con un estilo de recuerda el accionar de los presidentes como William Mckinley y Teodoro Roosevelt, reconocidos por Trump como figuras importantes y caracterizados por desarrollar una política exterior agresiva hacia América Latina, como la que llevó a la guerra de 1898 contra España e intervenciones como las evidenciadas en el Caribe en el entresiglo.

Este ensayo procura identificar cómo las formas de ejercicio de hegemonía que Estados Unidos había aplicado en el pasado y que se sustentan en un accionar agresivo e interventor no han quedado solo para los libros de historia, sino que parecen reivindicarse en el gobierno de Donald Trump como la línea base para negociar con los gobiernos latinoamericanos. De ahí que el *garrote* no está enterrado, está presente en el discurso y el accionar de los nuevos líderes de Washington y la historia nos sirve de parámetro fundamental para comprender la dinámica de nuestro presente.

Excepcionales, más que nunca.

En el discurso político, la idea de retomar la grandeza del pasado ha tenido resonancia. Durante la campaña electoral, afinándose en la crisis que Estados Unidos ha tenido en los últimos años y en el retroceso de la influencia que otrora había tenido en el mundo (y aquí una clara referencia a China como el gran rival en términos económicos), Trump hace énfasis en un discurso nacionalista que toca la fibra al plantear la construcción de un liderazgo como el de antaño, atribuyéndole a los migrantes y a la mala administración de turno la razón de los problemas. La gente respondió a este discurso, y en medio de atentados, campañas mediáticas

agresivas y una crisis de liderazgo en el partido demócrata, el 5 de noviembre de 2024 Donald Trump ganó las elecciones al obtener el voto de 312 colegios electorales y del 49,8% de los estadounidenses.

Una conclusión resulta clara: desde el 20 de enero, en su discurso de juramentación como presidente de los Estados Unidos, Donald Trump ratificó que su país *florecerá y volverá a ser respetado en todo el mundo*². Hacer esta afirmación, más allá de las figuras retóricas que caracterizan estos eventos, no es solo una estrategia para marcar diferencias con respecto al pasado, sino una confirmación de los aspectos más representativos de la política exterior bajo esta nueva administración. En palabras de Trump, la idea de ser *más excepcional que nunca* parece ser una reafirmación de la naturaleza del liderazgo histórico que los Estados Unidos ha tenido en el continente americano, anclada a la categoría del excepcionalismo, la cual explica cómo el país ha tenido un crecimiento notable a lo largo del tiempo que lo diferencia cualitativa y cuantitativamente de sus pares³. Visto así, la idea de retomar la grandeza estadounidense implica reajustar ese liderazgo, siguiendo, en alguna medida, el modelo del pasado, y desarrollando, por ahora con unas primeras palabras y acciones, una política agresiva e intervencionista que no deja lugar a dudas cuáles son los objetivos de la nueva administración.

Bajo esta premisa, la excepcionalidad sustenta cuál es el orden de las cosas, al menos en el discurso trumpista esto resulta muy

2 Ídem.

3 Para más información: Volker Depkat, *American Exceptionalism*. Rowman & Littlefield Publishers, 2021. También: Seymour Martin Lipset, *American Exceptionalism, A Double-edged Sword*. W. W. Norton, 1997. Ian Tyrrell, *American Exceptionalism, A New History of an Old Idea*. University of Chicago Press, 2022.

claro: la manera en la que Estados Unidos debe actuar en América se basa en un liderazgo histórico en donde debe hacerse visible la doctrina del Destino Manifiesto: construir una gran nación que se sabe intrínsecamente excepcional solo puede hacerse a través de la expansión, también territorial, y el sometimiento de aquellos que se consideran inferiores. Desde su independencia y durante el siglo XIX este fue uno de los paradigmas que inyectó fuerza al proceso de conquista y expansión hacia el oeste, llevado adelante a través de conflictos bélicos en contra de británicos, españoles, mexicanos y pueblos indígenas y que bien avanzado el decimonono llevó a reforzar la idea de intervención en zonas como el Caribe y Centroamérica, áreas de clara influencia de los Estados Unidos. Precisamente en gobiernos como los de William McKinley y Teodoro Roosevelt, una política exterior agresiva y sustentada en estas premisas supuso para los vecinos del continente el tránsito por episodios traumáticos de intervenciones, bloqueos y pérdida de soberanía, todo ello llevado adelante por Estados Unidos, y que son palpables en la historia y en el presente de estas repúblicas.

Con esto no queremos decir que la historia se repite y que Trump será igual a sus *presidentes heroicos*. De hecho, quienes estudiamos la ciencia sabemos que el presente no es una copia al carbón del pasado, sin embargo, en este caso resulta significativo cómo los discursos y las estrategias de antaño, que se habían considerado superados por parte de Estados Unidos, se encuentran aún presentes en la mente de sus políticos. Si en el pasado no se habían aplicado tal como observamos en nuestros días, puede deberse más bien a un cambio de paradigma en política exterior que, de acuerdo a las últimas acciones, se debería considerar supe-

rado. Proponer la fusión con Canadá⁴, la compra de Groenlandia⁵, sugerir cambiar el nombre del Golfo de México por Golfo de América⁶ y amenazar con aranceles a socios históricos cuando no aceptan las solicitudes de Estados Unidos es una muestra de cómo, al menos en el discurso, la prioridad se encuentra en la demostración de fuerza, en la idea de una nación excepcional que sistemáticamente debe ratificar su superioridad.

América según Trump

La conclusión a la que se puede llegar en estos primeros días de mandato es que para Trump el continente tiene que cooperar con Estados Unidos, so pena de recibir sanciones. Bajo este punto de vista, la América de Trump (no el nombre polémico de Estados Unidos, sino el continente), se define entre los aliados, es decir, los que siguen las directrices de Washington, y los rivales, aquellos que desconocen sus medidas. En este juego entre bueno y malo, blanco y negro, aliado y enemigo, el espacio para la negociación y la cooperación entre los Estados resulta muy limitado, lo cual puede ser contraproducente para la continuidad y estabilidad de la democracia hemisférica.

En un poco más de quince días, a nivel continental el mayor problema es el de la migración ilegal de latinoamericanos a Estados Unidos. Ya desde la campaña electoral Donald Trump ha

4 “Trump sugirió a Trudeau la integración de Canadá en EE.UU. para evitar los aranceles, según medios”, EFE, 3 de diciembre de 2024. Fecha de consulta: 6 de febrero de 2025, <https://efe.com/mundo/2024-12-03/trump-integrar-canada-a-estados-unidos-para-evitar-aranceles/>

5 Minho Kim, “¿Por qué Trump quiere Groenlandia?”, *The New York Times*, 8 de enero de 2025. Fecha de consulta: 6 de febrero de 2025, <https://www.nytimes.com/es/2025/01/08/espanol/estados-unidos/donald-trump-groenlandia-dinamarca.html>

6 “Discurso de toma de posesión”, op. cit.

dejado claro que la llegada ilegal de personas a su país es una de las mayores preocupaciones de la administración, además de un acto criminal. En alguna medida, la relación de Estados Unidos con los países de América Latina, especialmente los de Centroamérica y el Caribe se define por este fenómeno. Más aún, en la actualidad ya no es solamente un problema del Departamento de Estado, sino que la presencia de esas personas en Estados Unidos y de las bandas delictivas, aspecto que mediáticamente ha sido reforzado a todos aquellos que cruzan la frontera, termina afectando la situación interna y es, a los ojos de esta administración, una política desarrollada de manera sistemática por la administración de Joe Biden⁷. Por lo tanto, si la oferta es reconstituir el orden perdido, los migrantes deben volver a su tierra de origen y los gobiernos de América Latina deben hacer que esto ocurra en las condiciones que establece Washington.

Este es uno de los aspectos más preocupantes de las primeras semanas de gestión. La política de Trump se basa en un discurso agresivo que no distingue entre Estados, ni reconoce el papel de las alianzas históricas. Con un verbo agresivo, países como Colombia, en cuestión de horas y luego de un cuestionamiento de unas declaraciones de Gustavo Petro por redes sociales, fue amenazado por Estados Unidos con el incremento de aranceles y el cierre de emisión de visados para viaje⁸ si no acordaba seguir las directrices en

7 Hamed Aleaziz, "Trump Officials Move to Quickly Expel Migrants Biden Allowed In Temporarily", *The New York Times*, 23 de enero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://www.nytimes.com/2025/01/23/us/politics/trump-immigrants-deportation.html>

8 Annie Correal, Julie Turkewitz y Genevieve Glatky, "Qué ocurrió en Colombia con la crisis por las deportaciones de Trump", *The New York Times*, 28 de enero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://www.nytimes.com/es/2025/01/28/espanol/america-latina/colombia-trump-vuelos-deportacion.html>

materia migratoria que se habían fijado. Bogotá finalmente aceptó las medidas de Washington: transportar de regreso a su país a las personas que habían sido capturadas por el servicio de control de inmigración. Panamá, luego de las presiones de Washington, el cuestionamiento de su política económica y del uso del canal (bajo completa administración de la república centroamericana desde 1999) tuvo que abandonar su participación en la llamada “Ruta de la Seda” y dar prioridad de paso a los barcos estadounidenses por el canal⁹. Canadá, país con el que Estados Unidos se encuentra involucrado en una guerra comercial, en la actualidad vive un repunte del sentimiento nacional¹⁰ como consecuencia de la amenaza de imposición de tarifas, una medida que también ha declarado querer aplicar con México (25% a las importaciones), aunque en el caso de ambos países ha decidido suspender la medida por un mes¹¹.

Mientras esto se produce con países con los cuales Estados Unidos ha tenido relaciones estables y productivas a lo largo de las décadas, con Venezuela la dinámica ha sido distinta. Si bien en

9 “¿Panamá se aleja de China?: Mulino promete prioridad a barcos de EE.UU. y suspender «Ruta de la Seda»”, *France24*, 3 de febrero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://www.france24.com/es/am%C3%A9rica-latina/20250203-panam%C3%A1-se-aleja-de-china-mulino-promete-prioridad-a-barcos-de-ee-uu-y-suspender-ruta-de-la-seda>

10 Iker Seisdedos, “«Canadá no se vende»: la amenaza de anexión y los aranceles de Trump resucitan el patriotismo en el país”, *El País*, 9 de febrero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://elpais.com/internacional/2025-02-09/canada-no-se-vende-la-amenaza-de-anexion-y-los-aranceles-de-trump-resucitan-el-patriotismo-en-el-pais.html>

11 David Alire Garcia, Trevor Hunnicutt y David Ljunggren, “Trum pauses tariffs on Mexico and Canada, but not China”, *Reuters*, 3 de febrero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://www.reuters.com/world/us/trump-says-americans-may-feel-pain-trade-war-with-mexico-canada-china-2025-02-03/>

declaraciones de diversos representantes se ha cuestionado la continuidad del gobierno del presidente Nicolás Maduro, en la práctica, de los contactos más protocolares que Washington ha llevado adelante en los últimos días ha sido precisamente en el marco de la visita a Caracas del enviado especial para Venezuela, Richard Grenell, evento en el que se discutió la continuidad de las inversiones de la petrolera Chevron en el país, la coordinación de los repatriados, la liberación de estadounidenses cautivos y el mantenimiento de canales de comunicación. La imagen del encuentro le ha dado la vuelta al mundo y ha dejado claro el peso de la administración venezolana actual y de los aliados internacionales que la respaldan¹².

De la intensa agenda de Estados Unidos en las primeras semanas no hay nada escrito con tinta indeleble. Si bien es muy pronto para sacar conclusiones, parece quedar claro que el *garrote* puede ser empleado por Washington sin los miramientos del pasado y con la convicción de poder lograr los objetivos planteados, incluso si esto implica elevar el tono del discurso con países considerados aliados. Con una política exterior pragmática e impositiva, lo que pudiera pasar es que sean otros actores los que terminen capitalizando el liderazgo que Estados Unidos había construido de forma más o menos sistemática desde finales de la Guerra Fría. Quedará por ver cómo Washington hace frente a la influencia de China en América Latina y cómo procura construir consensos, así sea solo en el papel.

12 Celina Carquez, Luz Mely Reyes, "Paso a paso: ¿cómo fue la negociación entre Grenell y Maduro?", *Efecto Cocuyo*, 6 de febrero de 2025. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2025, <https://efectococuyo.com/politica/paso-a-paso-como-fue-la-negociacion-entre-grenell-y-maduro/>

Latinoamérica y EE.UU.: relaciones y democracias bajo presión

Elsa Cardozo

Aunque causó cierta sorpresa que el discurso de toma de posesión de Donald Trump hiciera de Latinoamérica y no de otros asuntos mundiales su tema internacional central, no lo fue tanto que los tres aspectos a través de los cuales se refirió a su vecindario más cercano correspondiesen a promesas de especial interés para sus electores. Migración, comercio y seguridad fueron abordados tan crudamente como en los discursos y propuestas del candidato sobre deportaciones masivas, medidas de seguridad y fronteras vinculadas al tema migratorio, y aumento de aranceles a sus socios más cercanos. También fueron reiteradas ese primer día alusiones y referencias a las estrategias estadounidenses de expansión de finales del siglo XIX e inicios del XX, que ahora, en el siglo XXI, se asoman en un mundo bastante más complejo en desafíos y más denso en conexiones que es, cuando menos, inconveniente ignorar: para Estados Unidos y para Latinoamérica.

Entre esos desafíos y las conexiones que no deben pasarse por alto se encuentran los de la gobernabilidad y la democracia, sujetos como están no solo a las capacidades y eficiencia de los gobiernos en el uso del poder y sus recursos, sino fundamentalmente a la legitimidad e institucionalidad de las decisiones y políticas. La atención a esas dos dimensiones es crucial en tiempos en los que

los cambios en la distribución del poder en el mundo van acompañados por una larga oleada iliberal o francamente autoritaria, que debilita los contrapesos nacionales e internacionales al ejercicio del poder.

Desde este presente, a partir de lo dicho y hecho en menos de un mes desde Estados Unidos y desde Latinoamérica, surgen las tres preguntas que orientan este esbozo sobre lo que podría significar el segundo mandato de Donald Trump para la democracia en nuestro continente: ¿qué lugar se perfila para la región en la agenda del gobierno de Estados Unidos?, ¿cuál para Estados Unidos en las de Latinoamérica? y, entre los desafíos y conexiones hemisféricas y extrahemisféricas de cada cual ¿qué peligros y oportunidades hay para las democracias y los demócratas latinoamericanos?

1. Desde EE.UU.: la región y el mundo en clave geopolítica.

Lo dicho en el discurso de investidura, los decretos y los anuncios inmediatos confirmaron el lugar que las agendas de *America First* y *Make America Great Again* asignan a Latinoamérica. Así lo resume la plataforma electoral republicana en la que la atención a la región se manifiesta directamente en tres de las veinte promesas electorales: asegurar las fronteras para detener la inmigración ilegal; emprender una operación de deportaciones masivas, así como confrontar la criminalidad que la propuesta asocia fundamentalmente a la inmigración. Esas tres promesas se inscriben en el plan de recuperación del poder industrial, militar y de influencia mundial de EE.UU.

Las órdenes ejecutivas e iniciativas presidenciales del primer mes de gobierno generan fuertes presiones económicas, políticas y

sociales sobre la gobernabilidad de muchos países, especialmente los más cercanos en el mapa y más dependientes de los vínculos con EE.UU. A las medidas en materia migratoria y comercial, se suma cierre de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), proveedora de asistencia cercana a la mitad del monto global, afecta a iniciativas humanitarias, de salud y alimentación, de seguridad, desarrollo económico, democracia y derechos humanos en 130 países, entre ellos dieciocho latinoamericanos.

La dimensión geopolítica global y hemisférica, muy presente en anuncios y decisiones, revela también otros modos de mirar hacia Latinoamérica. Por una parte, la disposición a ignorar acuerdos suscritos, tal como con la amenaza de aumento de aranceles a sus principales socios comerciales, como lo son México y Canadá: sin consideración de los medios previstos en el acuerdo de libre comercio suscrito en 1994 y revisado en 2018 durante el primer mandato de Trump. Por otra parte, la decisión de cambiar el nombre al Golfo de México y los anuncios de retomar el control del Canal de Panamá –con el marco de referencia y reverencia a la memoria de los presidentes William McKinley, Teodoro Roosevelt y, más atrás en la historia, a James Monroe y a la llamada doctrina del “destino manifiesto”– dan pistas sobre la perspectiva de poder desde la que es vista la reorientación de las relaciones con el sur del hemisferio.

Latinoamérica es parte de un mapa mundial en el que el nuevo gobierno de EE.UU. ha emprendido una intensa ofensiva internacional que está revisando y debilitando acuerdos, organizaciones, alianzas y relaciones importantes como contrapeso a la política de poder. Al retiro de la Organización Mundial de la Salud y del Acuerdo de París sobre Cambio Climático, se añaden las deci-

siones de sancionar a la Corte Penal Internacional, abandonar el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, suspender el pago de ciertas cuotas a las Naciones Unidas y revisar su participación en todas las organizaciones internacionales. Las decisiones en materia comercial amenazan con iniciar una guerra de aranceles en un momento económico internacional complicado y de especial vulnerabilidad en Latinoamérica, en medio de la mencionada suspensión de programas de asistencia.

El trato dado a la Unión Europea, entre anuncios arancelarios y marginamiento de decisiones y planes estratégicos para terminar la guerra en Gaza y, especialmente, para negociar con Rusia del final de la guerra en Ucrania, es especialmente preocupante. Lo es porque la indisimulada descalificación y presión sobre la Unión Europea –como evidenciaron los discursos del Vicepresidente y el Secretario de Defensa en Múnich y en Bélgica, respectivamente– se produce en medio del fortalecimiento de nacionalismos populistas, el empeño expansionista ruso y los riesgos de más violencia en el Medio Oriente.

Las señales iniciales de atención a Latinoamérica, que vuelve a mirarse desde Washington como zona natural de influencia, se inscriben en ese mapa más amplio en el que al paso de los días se han movido con especial intensidad el presidente y su equipo más cercano. Con apenas las señales de un mes de gobierno, las primeras interacciones con la región confirman las preocupaciones sobre las consecuencias de las decisiones que la administración republicana ha puesto en movimiento en su búsqueda de seguridad, fortaleza y prosperidad para Estados Unidos y, particularmente, sobre el riesgo de que la estrategia transaccional disminuya la atención a las consideraciones sobre la vigencia del estado de derecho, los derechos humanos y la democracia.

2. Desde Latinoamérica: economía, geopolítica y la tentación pragmática.

El segundo mandato de Donald Trump encuentra a una Latinoamérica en la que siguen prevaleciendo regímenes democráticos –como en ninguna otra región del mundo– pero con signos de declinación y bajo fuertes presiones económicas e inconformidades sociopolíticas. Estas se han manifestado en el ciclo electoral de 2024 y se evidencian en el deterioro en categorías fundamentales del desempeño democrático, tales como calidad de los procesos electorales, independencia judicial y acceso a la justicia. Es así en un mundo en el que ha habido una oleada autoritaria de casi dos décadas, mientras crece la “zona gris” entre autoritarismos y democracias iliberales –particularmente las gobernadas por partidos, coaliciones o liderazgos nacionalistas populistas– y se amplía el espectro de incidencia internacional autoritaria. En ese contexto, en Latinoamérica se han ido acumulado acciones y omisiones que debilitan los compromisos internacionales y hemisféricos en defensa de los derechos humanos y la democracia. Es ese el gran marco de referencia desde el que conviene analizar las posiciones latinoamericanas ante EE.UU.

En las reacciones y respuestas regionales iniciales a las presiones y demandas desde Washington ha prevalecido el comedimiento. En otro momento y circunstancias habrían sido muchas las declaraciones de protesta con llamados conjuntos de atención y alguna referencia o declaración antimperialista. El cuidado presente refleja la cautela en el modo de lidiar con la andanada de amenazas, suspensión de asistencias y medidas arancelarias en medio de condiciones complejas para la gobernabilidad en los países latinoamericanos. También está presente el cálculo de los intereses en juego en las relaciones bilaterales y en el más amplio

entorno internacional. No menos importante es la debilidad, por decir lo menos, de espacios de concertación regional o subregional.

Las protestas desde Cuba por su reinclusión en la lista de estados terroristas no tuvieron mucho eco regional. Tampoco lo tuvieron las iniciativas de los presidentes Gustavo Petro y Xiomara Castro de convocar a la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) para protestar la amenaza arancelaria que se resolvió en cuanto el presidente colombiano rectificó su posición sobre los vuelos de deportaciones. Por su parte, Castro finalmente desistió de cerrar la bases militar estadounidense en Palmerola, amenaza difundida ante el anuncio de deportaciones masivas. En cuanto a las presiones mayores recibidas por México, ha prevalecido la “cabeza fría”, el discurso nacionalista y la disposición a transar de la presidente Claudia Scheimbaum, que acordó una agenda densa de trabajo y cooperación –de seguridad fronteriza, deportaciones y comercio– y una pausa para volver a tratar el tema de los aranceles.

Durante la gira del secretario de Estado Marco Rubio a Panamá, El Salvador, Costa Rica, Guatemala y República Dominicana los presidentes de diversas tendencias políticas suscribieron acuerdos que incluyeron declaraciones y compromisos sobre control migratorio, repatriaciones, crimen organizado, tráfico de drogas, seguridad y relaciones con China. Desde cada uno de estos países –todos, salvo Panamá, miembros desde hace veinte años del Tratado de Libre Comercio de Centroamérica y República Dominicana con EE.UU. (DR-Cafta)– prevalece la valoración de Estados Unidos como principal socio comercial, si bien con la balanza a su favor. La visita confirmó la presión que la política de deportaciones impone a las economías y la gobernabilidad en

Centroamérica, a la vez que el sentido práctico de los gobiernos al suscribir acuerdos que no tensen las relaciones económicas con EE.UU. y les permitan contar con apoyos complementarios para atender asuntos que también son de preocupación propia.

La perspectiva geopolítica regional estuvo especialmente presente en Panamá, con una agenda similar a las de sus otros vecinos del istmo, pero con especial atención y tensión sobre el tema de los puertos administrados por empresas chinas en los dos extremos del Canal. Los anuncios del presidente José Raúl Mulino de no renovar esas concesiones ni dar continuidad al memorando con China que hace parte a Panamá de la Franja y la Ruta, a la vez que colaborar en las deportaciones a terceros países, bajaron la presión estadounidense. Este caso invita a considerar las diferentes posiciones que respecto a las relaciones con China mantienen varios países latinoamericanos, veintidós de los cuales se han hecho parte de la iniciativa de la Franja y la Ruta, si bien solo algunos con proyectos de envergadura y comercio significativo, como Brasil, Chile y Perú.

Más allá de Centroamérica, razones económicas, de seguridad y geopolíticas perfilan preliminarmente en cuatro conjuntos las posiciones latinoamericanas ante Estados Unidos.

Entre los gobiernos con relaciones económicas más estrechas, temas de agenda comunes, orientaciones geopolíticas más o menos compartidas, se encuentran los recién visitados por el secretario de Estado así como Argentina y Ecuador bajo el gobierno de Daniel Noboa. Con desacuerdos o disposición instrumental hacia lo inevitablemente común en la agenda y distantes de las orientaciones geopolíticas, pero con relaciones económicas significativas, se ubican México y Colombia. Desde el desacuerdo sobre la

agenda, pragmáticos en cuanto a las orientaciones geopolíticas y con necesidad de arreglos económicos que hagan caso omiso de las tendencias iliberales o naturaleza autocrática de sus gobiernos, se definen el gobierno de Honduras y, aún más extremos en su pragmatismo, el régimen nicaragüense y, particularmente, el venezolano. Finalmente, desde desacuerdos sobre lo común en la agenda, distantes de las orientaciones geopolíticas y con relaciones económicas internacionales diversificadas –en las que China es socio importante–, se encuentran en diferentes escalas Brasil, Perú y Chile.

3. De uno y otro lado: invitación a la reflexión.

En el conjunto hemisférico es muy relevante el caso de Venezuela, merecedor de consideración especial en este número. Para cerrar estas líneas valga destacarlo brevemente como referencia de especial interés regional sobre la oportunidad de recuperar y proteger la democracia en un mundo que le es cada vez más hostil.

El segundo mandato de Trump encuentra a Venezuela en una situación política y económica más vulnerable que en 2018, por la ilegitimidad de origen del mandato presidencial, en contraste con la demostrada legitimidad de la elección del opositor Edmundo González Urrutia. También por su ineficiencia y opacidades, pero fundamentalmente, por la ilegitimidad de un desempeño inculcablemente violador de derechos humanos en todo su amplio espectro.

Con ese marco de referencia se explica que el régimen venezolano se haya propuesto aprovechar y alentar la vertiente transaccional del gobierno de Trump. Así lo refleja su disposición a colaborar en lo que en lo inmediato se ha manifestado como prio-

ritario en materia de repatriaciones, como evidencian los contactos con el enviado especial de la Casa Blanca, Richard Grenell, y la disposición a trasladar a los deportados y de entregar a parte de los estadounidenses detenidos en Venezuela. A la vez, aprovechando también los argumentos geopolíticos de las empresas petroleras interesadas, no ha dejado de alentar la continuidad de las licencias y de señalar a las sanciones como causantes del empobrecimiento y la emigración.

No solo por Venezuela, Cuba y Nicaragua, pero especialmente en esos casos y los de las democracias más frágiles, es inevitable advertir los riesgos de que la dimensión pragmática y transaccional y la intención de reconfigurar el orden mundial –sus alianzas, principios y reglas– desplacen a la preocupación por la erosión o pérdida de Estado de Derecho, democracia y respeto a los derechos humanos. Para comenzar, porque esa situación es la que alienta los flujos migratorios, facilita el crimen transnacionalizado y promueve acuerdos opacos y hasta inescrutables con gobiernos autocráticos e injerencistas en el hemisferio.

Desde esa advertencia, el comprensible comedimiento prevaleciente en las reacciones regionales debería ir dando paso a reflexiones sobre el modo de conducir las necesarias relaciones entre Latinoamérica y Estados Unidos. También urge la reflexión sobre los impactos de las reconfiguraciones geopolíticas, institucionales y económicas mundiales que comienzan a perfilarse, así como sobre los valores y propósitos que las democracias y los demócratas latinoamericanos están dispuestos a representar y promover entre ellos y con sus interlocutores en el mundo. Tarea tan difícil como necesaria.

Carlos Romero: “La prioridad fundamental del gobierno de Estados Unidos es buscar la estabilización con Venezuela”

El doctor en Ciencia Política y profesor de la UCV apunta que el régimen chavista aspira a “crear un modus vivendi” con el nuevo gobierno de Trump, mientras asegura que más allá de los intereses energéticos y migratorios, “ninguna administración de EE. UU. ha abandonado el tema de la democracia y de los DDHH”.

Se fue Donald Trump y llegó Joe Biden. Ahora se marchó Biden y regresó Trump. Y Nicolás Maduro sigue allí. A pesar de los distintos enfoques y políticas desplegadas por los dos últimos inquilinos de la Casa Blanca, la crisis política venezolana está lejos de superarse. Al contrario, tras el fraude del 28 de julio, se agrava y sigue siendo un quebradero de cabeza para la comunidad internacional democrática.

El doctor en Ciencia Política y profesor de la Universidad Central de Venezuela, Carlos Romero, considera que la nueva administración Trump puede intentar un acercamiento con el régimen de Maduro, sin que eso implique renunciar a sus exigencias democráticas.

Asesor de la Cancillería venezolana en los años 90, Romero opina que la opción militar no está sobre la mesa del presidente republicano, que en este mundo patas arriba no estaría interesado en prender un candelero en su "patio trasero".

—Trump probó la "máxima presión" y fracasó. Biden intentó negociar y tampoco alcanzó el objetivo. ¿Cómo evalúa la política de Estados Unidos hacia Venezuela en los últimos años? ¿Por qué cree que ninguna ha logrado allanar el camino hacia una transición en el país?

La política exterior de Estados Unidos durante los gobiernos de Trump, en su primera administración, y de Biden ha tenido semejanzas y diferencias. Las semejanzas, mantener la política de sanciones y de "máxima presión" y, por otra parte, diferencias porque podemos decir que Biden estuvo más próximo a un marco de negociaciones. En todo caso, no es que Estados Unidos haya fracasado en apoyar una transición, sino que los factores internos en Venezuela no se han dado suficientemente claros para alcanzar el tránsito hacia el retorno de la democracia. Porque todos estos cambios originalmente se fraguan por razones internas, domésticas, y en realidad ha habido una gran diferencia entre el empeño de Estados Unidos en llevar adelante una política de transición y el sostenimiento de una política eficaz opositora, que hubiera podido complementar ese deseo de Estados Unidos.

—En todo el mundo se especula sobre cómo será Trump 2. En el caso de Venezuela, unos creen que puede llegar con una visión "pragmática" al extremo de entenderse con Maduro,

mientras otros afirman que aumentará la presión contra el régimen. ¿Se inclina por alguna de estas?

En diversas oportunidades me he manifestado a favor de un proceso de negociación entre el gobierno de Trump y el de Venezuela. Todavía hay espacios para poder coincidir en algunas cosas y, sobre todo, para hablar claro en razón de lo que quiere cada actor con respecto al otro. Venezuela en muchas ocasiones ha jugado la bandera antinorteamericana tratando de aliarse con factores llamados radicales, como el caso de China, Irán, Turquía, Rusia y Cuba, pero la verdad es que el gobierno de Venezuela lo que quiere es crear un *modus vivendi* con Estados Unidos, esa es su prioridad.

—Se han generado muchas expectativas con la designación de Marco Rubio como secretario de Estado. ¿Qué impacto puede tener Rubio en la política de la administración Trump hacia Venezuela?

No hay que tener muchas expectativas con respecto al papel que jugará Marco Rubio como secretario de Estado. El tema de Venezuela se le va a dar a un enviado especial (Richard Allen Grenell), que se dedicará a los casos de Venezuela y Corea del Norte. De tal manera que, en principio, Rubio no tendrá que desarrollar una relación cotidiana con el tema de Venezuela. Rubio tiene una posición ideológica frente al caso venezolano y seguramente será un obstáculo para llegar a una negociación entre Venezuela y Estados Unidos. Yo no tengo mucha fe con respecto a que Rubio se mantenga en ese cargo porque su personalidad chocará con la de Trump.

–El interés de Estados Unidos parece centrarse en los temas de energía y migración. ¿Quedarán relegados en la agenda la democracia y el respeto a los derechos humanos?

Es indudable que el gobierno de Trump le dará prioridad a los temas de energía y migración, pero siempre en la agenda de la política exterior de Estados Unidos está el tema democrático y de Derechos Humanos. No se trata de centrarse sino de darle un equilibrio y una mayor consideración a los temas energéticos, pero ninguna administración de Estados Unidos ha abandonado el tema de la democracia y de los DDHH. De tal manera que habrá una convivencia de temas en la agenda de la política exterior de Estados Unidos hacia Venezuela y viceversa.

–Maduro ha mostrado disposición a entenderse con la nueva administración Trump. Visto lo ocurrido el 28J y la reacción de la comunidad internacional democrática, ¿cree posible una "normalización" de la relación bilateral?

No es descartable que haya una consideración por parte del gobierno de Trump de llegar a una negociación con Maduro. En estos momentos, dada la conflictividad mundial, no creo que Estados Unidos busque un problema con Venezuela por la vía militar. Creo que es muy temprano para predecir por dónde irá el camino de Trump con respecto al caso venezolano. Por lo tanto, es posible una normalización de las relaciones bilaterales, que comenzará con el retorno de las relaciones diplomáticas que han sido cortadas desde 2019.

–En su primer periodo, Trump pronunció su famosa frase: “Todas las opciones están sobre la mesa”. ¿Cree que en esta nueva etapa puede considerar la opción de la intervención militar?

La intervención militar es un tema que no se puede dejar de lado, pero en este momento la prioridad fundamental del gobierno de Estados Unidos es buscar la estabilización con Venezuela. A pesar de que muchos venezolanos han manifestado su disposición a apoyar la solución militar, no la veo planteada en el futuro cercano. Meterse en un escenario de guerra en el contexto latinoamericano tiene costos muy grandes para Estados Unidos en este momento. Primero porque Estados Unidos y Trump en particular, piensan que América Latina es una región de salvaguarda para Estados Unidos, lo que se llama el “patio trasero”.

Por lo tanto, la prioridad de Estados Unidos es que el caso venezolano no permita la internacionalización de la región. Históricamente hablando, dos veces Estados Unidos ha tenido el peligro de la internacionalización: con la guerra de los cohetes en 1962 y con la guerra de las Malvinas en 1984. En cada una de esas situaciones, Estados Unidos trató de limitar el impacto de la internacionalización de su política exterior hacia América Latina.

Tomado como un todo, las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela son fundamentales para el buen equilibrio internacional en el Hemisferio Occidental y, en particular, en América Latina y el Caribe. Por una parte, la mayoría de los países está a favor de un reencuentro entre Estados Unidos y Venezuela y, por la otra, Estados Unidos no quiere más problemas de los que tiene en una agenda internacional tan compleja como la actual, con los temas de Medio Oriente, Ucrania, China, etc.

En segundo lugar, esta mayoría de países que están con Estados Unidos no necesariamente apoyan la salida militar. Contemplar la salida militar no es más que la desesperación de aquellos que no pueden lograr una transición política, que es la prioridad en estos momentos en Venezuela.

Trump: *Imperium sine fine*

Rommer A. Ytriago F.

Con el regreso del presidente Donald J. Trump al despacho oval, la política Internacional percibe aires de cambios, sobre los que deberá hacer exámenes acuciosos que permitan discernir su trascendente puesta en escena. Las líneas que dan forma a su proyección exterior, según su discurso inaugural del 20 de enero de 2025, y lo realizado en sus primeras semanas de gobierno, inducen a seguirle el paso como estadista, a la política exterior con miras a la “grandeza nacional”, y a la geopolítica que proyecta en el tablero global, que con el resurgir de los imperialismos al calor de la multipolaridad que se vive, vislumbra una nueva era, la del *Imperium sine fine*, que por un lado viene a ser la idea de reponer a Estados Unidos frente al mundo –conforme al refrescamiento de ideas conservadoras–, y por el otro, del manejo de un hemisferio que contiene unidades políticas problematizadoras como Cuba, Nicaragua y Venezuela, en cuyo trato las lógicas del comportamiento estatal -amigos, enemigos, socios, rivales o adversarios-, varían según lo requiera el momento. En ese sentido navegan las próximas páginas.

Descriptores: Estados Unidos, Geopolítica, Política Exterior, América Latina, Imperio, Multipolaridad.

A modo de introducción

Donald Trump llega a la Casa Blanca después de cuatro años de una difícil situación personal y política, en particular, de estar en la oposición a la administración demócrata que le arrebató la oportunidad de continuar al frente del poder en 2021, desde entonces, no solo Estados Unidos de América experimentó cambios sustanciales, también el Sistema Internacional en su conjunto, reafirmando la multipolaridad como su estructura, y quizás como el mayor desafío de un mundo que se ha creído normado por reglas.

Resulta reduccionista y poco útil enfocarse en analizar a Trump como individuo solamente, sus características personales importan, pero el contexto donde se encuentra sumergido como Estadista, le imponen la dualidad de accionar frente al Estado y la sociedad de la que es propio, donde muchas veces está –y por encima de él–, el juicio del Estado, que moralmente puede ser opuesto a la de los individuos.

De lo dicho parte que el reto de gobernar esté centrado en razonamientos diferentes, al mundo regido por normas, que “universalmente” eran aceptadas y del que le hacían a Estados Unidos acreedor de su rectoría; la discusión en este camino no parece ser la existencia de autoritarismos y democracias, sino la de grandes potencias que entienden su papel en la escena actual como la de imperios.

La pérdida de valores occidentales, la preeminencia global y estrategias de otros imperios –Rusia y China–, de permear en Europa y América Latina, aprovechando las debilidades estructurales que poseen, son los fundamentos que socaban las bases para efectuar la caída del imperio estadounidense, que tiene por tarea

hoy día, formular una nueva política de expansión, coerción, control y contención.

I. *Imperium Maius*: Trump como Estadista y Líder

Donald Trump ha vuelto, y con ello consideraciones no deben faltar sobre esta segunda ocasión, pues su tarea parece estar basada en una lucha por sostener la vieja creencia de que Estados Unidos es la sucesora de Roma, y más allá, de que no caiga, aún cuando el momento político que se ha vivido desde su salida en 2021 hasta su regreso, experimentó un agotamiento de que esta no se derrumbará, por ello 2025 es el inicio de una nueva oportunidad para elevar la apuesta por un *Imperium sine fine*.

Lo dicho estriba en los cambios estructurales y paradigmáticos que reconocen la existencia de una nueva realidad internacional, que aún es difícil de asumirse, como lo es la multipolaridad, condición de la estructura del Sistema Internacional que descompone el orden basado en reglas, donde la variable ordenadora –incuestionable–, era la multilateralidad.

De allí que los golpes dados al sistema, los agujeros negros –no resueltos–, que se crearon mientras transitaba la administración Biden, como son los conflictos: Rusia y Ucrania, Israel-Hamas-Palestina, la exacerbación de la agenda Woke, el progresivo avance de actores como China, y otros en ámbitos regionales, así como la pérdida de los valores occidentales que fomentaban la preeminencia global de EEUU, exponen, quizás, la emergencia que tiene el estadista para tratar de evitar la caída del imperio, y formular una nueva política de expansión, coerción y control geopolítico.

Un examen a la luz del realismo político sostiene que lo anterior fue el sisma donde el equilibrio de poder –en términos del

estatus quo-, de las potencias occidentales que sostienen el sistema, colapsó, demostrando como la probabilidad del uso de la fuerza -fuerza nuclear-, es alta, mientras la cooperación -que no era un asunto en términos idílicos-, encuentra ánimos de posibilidad, pero no de realización.

En esta situación, la maximización de la seguridad y del poder se exagera, lo que es propio de la anarquía como condición sistémica, obligando -principalmente a las potencias-, a hacer cambios sustanciales en las preferencias, es decir, los intereses a corto plazo se perfilan por la seguridad y lo militar, en tanto es alta la incertidumbre en la supervivencia planetaria, a diferencia de las cuestiones de largo plazo, como pueden ser los acuerdos, esquemas y organismos multilaterales, que son cada vez más desestimados y desacreditados, imposibilitándose las vías de entendimiento en condición de cooperación internacional.

Conforme a lo dicho, la administración Biden abrió camino a los más importantes cuestionamientos para que propios y extraños a Occidente reafirmaran que sus líneas de política exterior estuviesen erradas, creando, sin quererlo, una brecha negativa frente a la administración anterior, y en aquellos casos donde pensó ganar adeptos, recibió las más duras críticas de la opinión pública, que en democracia plena -además del voto-, es causal para estremecer las bases de un gobierno.

Los últimos cuatro años la oposición a Biden navegaba en dos aguas que capitalizaba Trump, es decir, el malestar interno y externo¹; esta vez con un poco más de aprecio por la personalidad

1 Henry Kissinger antes de terminar su ciclo vital alertaba: "Cualquier sociedad, cualquiera que sea su sistema político, está en tránsito perpetuo entre un pasado que forma su memoria y una visión del futuro que

de Trump en torno a la toma de decisiones, lo que en su primer mandato había sido fuertemente cuestionado, y que aún, voces críticas llegan a calificar de que su discurso es cercano al de Hitler, Stalin o Mussolini, alegando que su narrativa bebe de la fuente de la deshumanización.

A este punto la discusión se asemejaría más a un problema de la historia del pensamiento político moderno, una que va del más absoluto imperativo de moralidad, principios a veces abstractos, pero universalmente válidos, y aquella que de sus imperfecciones reconoce en la naturaleza humana la respuesta, donde intereses y conflictos erosionan los argumentos morales que nunca pueden ser realizados plenamente.

Desde esta perspectiva Donald J. Trump llega al poder blindado, pero también lleno de problemas, que imponen liderar cambios, visualizar el futuro, hacer posible una realidad distinta y evitar que Roma caiga.

II. Geopolítica y Política Exterior: el *Lebensraum* de Trump

Para transitar las aguas de la geopolítica y la actual política exterior estadounidense, algunas cuestiones estructurales e históricas hay que tener en cuenta, y es que los Padres Fundadores, además de inspirarse en la antigua Roma, no solo en su diseño sino en su Sistema Político, también lo hicieron emulando la visión

inspira su evolución. En este camino, el liderazgo es indispensable: hay que tomar decisiones, ganarse la confianza, cumplir las promesas, proponer un camino a seguir. (...) Sin liderazgo, las instituciones se desvían y las naciones buscan una creciente irrelevancia y, en última instancia, el desastre". En ese sentido, Trump capitalizaba un liderazgo a base del malestar interno y externo de la era Biden. Henry Kissinger. *Liderazgo: Seis estudios sobre estrategia mundial*. Editorial Debate, 2023.

de mundo al calor de la dimensión territorial que poseen, pero en específico, de su peso en el tablero global, agregando con ello, la expansión de un gran poder económico.

La administración 2025-2029 se proyecta interna y externamente conforme a tres elementos de fundamental peso, el primero en torno a lo interno, marcado por un rescate al componente religioso, es decir, la lógica –tradicional– protestante, el segundo, a que su accionar está inherentemente marcado bajo la máxima del Destino Manifiesto, y el último a corresponder con aquello del excepcionalismo, suerte de virtud que infiere preponderancia económica, social y política en el mundo.

Sin embargo, el Destino Manifiesto es mucho más amplio y ello abraza no solo su tesis de desarrollo, la creencia en la virtud de las instituciones y sus ciudadanos, sino a la misión de extender tales instituciones para rehacer el mundo a imagen de Estados Unidos, sumado a la decisión –providencial–, de Dios al encomendar a su nación en la consecución de tal cometido.

En el periodo 2017-2021, una aproximación a estos pilares tuvo lugar, no obstante, las condiciones políticas a las que se vio sometido Trump, hicieron interpretar en la sociedad estadounidense que esto suponía un retroceso en el progresivo avance de derechos sociales, políticos y religiosos.

Pero este rescate procedimental de ideas abraza un legado histórico del partido republicano, desde Abraham Lincoln, Theodore Roosevelt, hasta Ronald Reagan como el más contemporáneo de los predecesores de Trump, de allí que *Make America Great Again* o *America First*, no es un delirio personal, es un trabajo de refrescamiento en ideas que dieron forma a la identidad estadounidense.

A este punto, varias interrogantes pueden hacerse: ¿Seguirá este curso?, ¿realmente se concretarán las ideas de su slogan?, ¿sí su proyección exterior muestra aislacionismo cuál es ese rol geopolítico decisivo que puede tener?, y así muchas más.

Decretado por Atilio Borón² de que los días de hegemonía mundial de Estados Unidos se habían terminado, la realidad es que la Pax Americana se mantiene, y sugiere un estado que aún dilucida posición en tanto a dominación, primacía y hegemonía, acervo que se guarda la potencia rectora del liderazgo universal, disputado hoy día por Rusia y China³.

Esa disputa mantiene fuera al orden jurídico-legalista, por un enfoque más pragmático, el cual “es consciente del significado de la acción política. También es consciente de la inevitable tensión entre el imperativo moral y las exigencias de la acción política acertada”, como sentenciaría Morgenthau⁴, donde la tesis del Des-

2 Atilio Borón, “¿Hacia una era post-hegemónica?, El fin de la Pax Americana”. *Compendio Dialogo y Seguridad*. Editorial Nueva Sociedad, 1995, Número 2.

3 Joseph Nye, profesor estadounidense, ex subsecretario de Defensa, y acérrimo detractor del presidente Trump, sostiene que el sentimiento de descenso y la disputa de su rectoría es algo siempre ha estado en el imaginario estadounidense, sin embargo: “A veces, el temor al declive genera políticas proteccionistas que resultan perjudiciales. Y a veces, los períodos de hibris generan excesos como la Guerra de Irak. No hay nada de bueno en subestimar el poder de los Estados Unidos ni tampoco en exagerarlo”. Ver Joseph Nye, “Estados Unidos, grandeza y declive”, Project Syndicate, Febrero 2024, <https://www.project-syndicate.org/commentary/with-trump-american-decline-becomes-self-fulfilling-prophecy-by-joseph-s-nye-2024-02/spanish>

4 Hans Morgenthau, en Stanley Hoffman, “Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales”. Tecnos, Madrid, 1963, p. 91.

tino Manifiesto es cada vez más una analogía de aquella expresión latina *Imperium sine fine*.

En esta posición, los imperios o, mejor dicho, los imperialismos, reconocen que no hay ideología sino un sentido de fuerza y conquista que debe garantizar su preminencia política, económica, militar, histórica y geográfica, ocupando lo que para ellas debe ser el *Lebensraum* o “Espacio Vital”, tal cual al que hablara Karl Haushofer en los albores de la Segunda Guerra Mundial.

En consecuencia, el tema de Groenlandia, el cambio de Golfo de México por Golfo de América, Canadá como posible Estado de la unión, la restitución del control del Canal de Panamá, el impase con Colombia frente a la deportación de migrantes y la reunión celebrada en Caracas con Nicolás Maduro, forman parte del *Lebensraum* natural de la potencia occidental.

Otros espacios serán fuente de encuentro para que las potencias –Rusia, EEUU y China–, puedan acordar nuevos repartos de zonas de influencia en términos de equilibrio y armonía de intereses, como el caso de la paz en Ucrania, cuyas ejecutorias se basan en un por qué, en términos de Estado, y no de individuos, pues la moralidad en política internacional no solo es distinta, sino que es la que los Estados quieran hacer de ella, carente de todo sentimiento u emoción propia de la persona humana.

III. América Latina: amigos, enemigos, socios, rivales y adversarios

Imaginar el papel de América Latina en este retorno de Trump, es intentar descifrar un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma, como acuñaría Churchill al papel de Rusia en su tiempo, porque en medio de importantes problemas no solo propios de la región sino de las muy particulares características de cada unidad política, sigue siendo el área de influencia más directa de Estados Unidos, pero no por ello su mayor desafío.

Por lo general, manejándose siempre en un movimiento pendular entre izquierda y Derecha, la región sucinta problemas que con atención debe manipular la administración Trump, pues, Cuba, Nicaragua y Venezuela puntean en la efervescencia política. Sin embargo, la pausa del estadista estadounidense en la participación directa de la política exterior entre 2021-2025, sugiere que no se mire esto como de primer orden, hubo un corte definitivo en todo el Sistema Internacional y a ello se debe abocar el nuevo gobierno.

Seguridad, migración y comercio, contrarrestar la influencia de China y sostener un enfoque pragmático son sus máximas; lo que para casos como la oposición de Venezuela representa un desafío y/o conflicto, ya que su intervención a la crisis política solo estará orbitando en la medida de que sus intereses compaginen, representando un claro mensaje en el rediseño de la política opositora que guarda esperanzas en tal participación.

La administración Trump no se trata de las opiniones de los funcionarios del gobierno –caso Marco Rubio–, todos pueden tener posiciones interesantes sobre los problemas en cada uno

de los países, pero se trata del complejo universo donde navegan como nación entre naciones y lo que el gobierno estadounidense debe hacer por el interés nacional⁵.

El papel de la inmigración es crucial, la crisis demográfica interna supone una mutación cuasi genética a los Estados Unidos, a la par que la migración excesiva dice mucho, nadie se va de donde es propio porque todo esté bien, pero no es un problema que solo obedezca al presidente Trump.

Vale la pena señalar, que ni en su primera administración Trump superó la marca que acumularía Barack Obama con sus dos presidencias en tanto a deportados, y que habría que agregar que bajo otras dos figuras como son “devoluciones en frontera” y “repatriaciones bajo el título 42”, Joe Biden se posiciona como el presidente que más ha expulsado personas del país con una marca de 4,6 millones.

Sin embargo, pensar en América Latina orbita en el prisma contra la izquierda política, y para algunos casos el estadista aplicará la teoría del loco, exasperando situaciones a cambio de obtener transacciones políticas, para otros el “thit for that” o represalia equivalente, y cuando menos se espere, lograr el “bandwagoning” –apoyo de sus detractores–, más por miedo que por simpatías,

5 Juan Gabriel Tokatlian consideró recientemente en una entrevista para la BBC que Trump sigue teniendo muy presente a México, frente a la lucha contra el narcotráfico, y a Venezuela por no haber depuesto del poder a los ocupantes del poder, de allí que: “llega frustrado con América Latina por lo que no logró en su primer mandato (...) Esa mezcla de desinterés y furia hacia América Latina, creo que la vamos a ver representada en sus primeras acciones”. Ver Ayelén Oliva, “Para Trump, América Latina es la imagen del dependiente. Y encima de todo la infantiliza”. BBC, 2025. <https://www.bbc.com/mundo/articles/c4g32g001n8o>

haciendo que en algunos casos sean sus socios, amigos, rivales, adversarios o enemigos.

Conclusiones

Trump entiende perfectamente -por paradójico que parezca-, que el mundo multipolar es en esencia el peor escenario para quien se considera la potencia rectora del Sistema Internacional, pero también es consciente de que es el mejor para los medianos y pequeños actores. Las grandes potencias se mantienen cuestionando la legitimidad de fronteras, y cuestiones como la pérdida de la democracia en la periferia, es relegado en los asuntos de primer orden, debe insistirse, no es producto esto del imaginario del estadista, sino de la realidad que vive.

Conforme a estas consideraciones, no cabe duda que el periodo 2025-2029, ofrecerá un sinfín de situaciones, cuyas consecuencias positivas o negativas, se podrán calificar en las próximas elecciones presidenciales, porque ganada la contienda en 2024, no solo en número de votantes sino en colegios electorales, la conexión con la sociedad, con sus problemas, es lo que eleva a los emperadores o los destruye.

La era de Trump tiene fecha de caducidad, pero el imperio debe seguir en pie, y ni un día más ni un día menos, otro emperador deberá estar dirigiendo la república que por ahora es a Trump un *Imperium sine fine*, que no conoce fronteras en la búsqueda de su grandeza.

Autores

Esther Mobilia Diotaiuti

Licenciada en Educación, mención Ciencias Sociales y Magíster en Historia de las Américas (UCAB), obteniendo en ambos la mención Summa cum Laude. Cursa el doctorado en la misma cada de estudios. Es actualmente la directora de la Escuela de Estudios Internacionales (Faces-UCV). En el 2021 fue reconocida con el Premio de Historia Rafael María Baralt por su trabajo *Una mitra para el Estado. La personalidad histórica del arzobispo Silvestre Guevara y Lira (1836-1876)*. Es autora de trabajos en el área de historia política e historia de las relaciones internacionales.

Elsa Cardozo

Doctora en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela y profesora titular jubilada de esa universidad. Fue directora y docente de la escuela de Estudios Liberales de la Universidad Metropolitana y actualmente está vinculada en docencia e investigación a la Universidad Simón Bolívar y la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente trabaja como Independiente de internacionalista, analista, profesora e investigadora.

Carlos Romero

Es politólogo, doctor en Ciencias Políticas y profesor titular jubilado del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela. Fue asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela (1991-1992 y 1999).

Fue profesor invitado en la Universidad de Salamanca (España, 1999); Universidad de San Pablo (Brasil, 1999, 2011, 2012 y 2013); Universidad de la Sorbona III, «Nouvelle» de París (Francia, 2007), Universidad del Rosario, Bogotá (Colombia, 2016) y en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito, FLACSO-Andes (Ecuador, 2010). Actualmente enseña en la Universidad Central de Venezuela y se desempeña como consultor en asuntos relacionados con temas políticos de su país.

Rommer A. Ytriago F.

Profesor adscrito al Departamento de Relaciones Internacionales de la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela. De igual modo Profesor adscrito al Centro de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela, Especialización en Derecho y Política Internacional. Especialista en Geopolítica de las Relaciones OTAN-Rusia, Rusia y Europa Oriental. Coordinador de la Revista *CERO* de Venpais Centro de Ideas. Líder de Investigación de Venpais Centro de Ideas. Así como también, miembro fundador de Venpais Centro de Ideas (*ThinkTank*) 2019.

Índice

El reencuentro con el garrote: de Teodoro Roosevelt a Donald Trump Esther Mobilia Diotaiuti	2
Latinoamérica y EE.UU.: relaciones y democracias bajo presión Elsa Cardozo	10
Carlos Romero: “La prioridad fundamental del gobierno de Estados Unidos es buscar la estabilización con Venezuela” Democratización	19
Trump: <i>Imperium sine fine</i> Rommer A. Ytriago F.	25
Autores	36